

---

Pedro González Olvera\*

---

*LAS RELACIONES  
INTERNACIONALES  
como ciencia*

---

Sin tratar de poner en duda la importancia del resto de las disciplinas sociales, me atrevo a decir que una de las que más ha crecido en las últimas décadas es la de relaciones internacionales.

Lo que, por cierto, no debe causar extrañeza: somos testigos de uno de los fenómenos más impresionantes en mucho tiempo, a saber, la mundialización de las relaciones internacionales, lo que, dicho de otra manera, significa que el mundo se ha convertido en una *aldea global*. Nada de lo que sucede en cualquier parte del mundo nos es ajeno. En mayor o menor medida nos impacta y nos afecta favorable o desfavorablemente.

Lejos quedó ya la época dorada en que los políticos (en especial los mexicanos) podían ufanarse de que éste o aquel fenómeno internacional no nos afectaba, porque la economía y la política nacionales estaban más allá de los vaivenes de la sociedad internacional. Ahora se ha despertado cada vez más la conciencia de que estamos ante un proceso de internalización de los asuntos de carácter mundial. Se trata de un proceso por el cual políticas de corte externo se vuelven asuntos de importancia interna. Esto, que en un principio era sólo válido para las grandes potencias, se ha generalizado a todos los Estados del orbe con una pasmosa rapidez. Vivimos como ya está dicho en una aldea mundial.

De ahí pues, el hecho de que el estudio de las relaciones internacionales “resulte hoy en día uno de los ámbitos académicos de mayor produc-

\* Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales (CRI) de la FCPyS-UNAM.

tividad”.<sup>1</sup> Sin embargo, de ninguna manera estamos proponiendo que no existan conflictos al interior de esta disciplina y que marchemos viento en popa rumbo a la anhelada teoría final.

Entre los problemas que más han ocupado el tiempo de los académicos y/o los especialistas en los asuntos internacionales en el mundo y en México se encuentra el del estatus de las relaciones internacionales como disciplina propiamente dicha. ¿Se trata de una rama de la sociología, de la ciencia política, o es una disciplina autónoma interdisciplinaria, multidisciplinaria o transdisciplinaria? Esto que parece un juego de palabras constituye una de las preocupaciones básicas en el seno de la disciplina. La búsqueda del estatus perdido ha sido llevado a extremos, la mayor parte de las veces sin obtener resultados satisfactorios.

Al iniciarse la década de los ochentas se escribía que: “Si bien, actualmente se ha acumulado un gran acervo de trabajos descriptivos y analíticos, esta última etapa (se refiere a una etapa científica donde se intenta establecer los límites de una disciplina específica, por medio de la cual sea posible lograr una aproximación más comprensiva de los fundamentos teóricos del estudio de las relaciones internacionales) está por terminarse; los diferentes enfoques conceptuales que han sido propuestos para el estudio de las relaciones internacionales coinciden en señalar la necesidad de lograr un conocimiento sistemático de los fenómenos internacionales pues éstos todavía no han afirmado *la importancia* de considerar este estudio como un campo independiente de investigación por derecho propio”.<sup>2</sup>

De tal manera que, ubicados en esta perspectiva, las relaciones internacionales, como disciplina, han vivido en una crisis de identidad constante. Como estudiosos de la misma no hemos acertado, de acuerdo a lo dicho, en proponer el marco indicado para delimitar una disciplina autónoma.

Paulatinamente esta discusión que a veces adquiría tintes bizantinos, está perdiendo importancia, a partir del cuestionamiento sobre el impacto que ella tiene en el potencial explicativo de los fenómenos y los procesos internacionales. ¿Podemos explicarlos mejor y más ampliamente si concluimos que ya tenemos una disciplina autónoma? o bien ¿tal explicación puede lograrse incluso si partimos de la idea de que formamos parte de una ciencia social, capaz de explicar los diferentes aspectos de la realidad desde disciplinas formadas con un carácter meramente metodológico y no como estancos separados y divididos tajantemente, sin conexión una en la otra?

<sup>1</sup> Romero, C. Alfredo. “La búsqueda de la integración disciplinaria de las Relaciones Internacionales en México”, *The Developing Economics*, Tomo XIX, No. 3, septiembre de 1981.

<sup>2</sup> *Ibid.*

Otra afirmación que se inserta en la hipótesis de la crisis de la disciplina, se refiere a la escasa tradición de los estudios internacionales en México. Según ella, no existe en nuestro país una auténtica tradición académica que enfrente de forma sistemática a los fenómenos internacionales, razón por la cual el campo ha debido ser estudiado por juristas, historiadores, politicólogos y sociólogos.

Si entendemos en un sentido estrecho el término estudios internacionales, entonces la tradición se remontaría hasta 1951, año de la fundación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales y de la carrera, que en ese entonces se denominaba diplomacia. Si tomamos tal año, entonces sí la tradición tendría una vida todavía corta. Pero, si tomamos el término con otra óptica, más amplia, es posible afirmar que tal tradición puede iniciarse en los años finales del siglo pasado, cuando ya es posible encontrar análisis de los asuntos internacionales.

Más aún, la actual proliferación de estudios internacionales es indicativa de que la tradición se refuerza cada día. La incorporación de secciones dedicadas a lo internacional en los diferentes medios masivos de comunicación, la supervivencia y continua publicación de revistas como *Foro Internacional* que se encuentra en su número 114 y de *Relaciones Internacionales* que recién acaba de editar su número 44, constituyen ejemplos claros de que la tradición tiene vida y un largo trayecto por delante.

Luego entonces, ¿viven o no las relaciones internacionales una época de crisis? si me atengo a todo lo dicho hasta aquí, y además le sumamos el hecho de que el número de aspirantes a estudiar la carrera en un nivel universitario se mantiene no sólo constante sino en paulatino aumento, entonces lógicamente no estamos en crisis, más aún se vive una época de auge que es fiel reflejo de la importancia adquirida por los asuntos internacionales. Es por ello que la atención de los estudiosos de la disciplina está centrada en los problemas concretos reales. El estudio, por citar sólo un ejemplo, de los Estados Unidos y de las relaciones bilaterales con nuestro país ocupan ahora una gran atención; lo cual no puede ser de otra manera. Es algo que nos afecta aquí y ahora, y que merece explicarse para proponer líneas de acción. En este sentido, las condiciones nacionales, la problemática propia de la nación, su ubicación en la sociedad internacional, el tipo de relaciones internacionales en las que participa, así como la intensidad de sus relaciones en otros Estados, determinan en buena medida un tipo de conciencia de los investigadores que de manera importante influye en la ubicación de temas a estudiar.

Para terminar estas breves reflexiones, me atrevería a sostener que hay dos áreas en donde sí es posible detectar signos de crisis y de falta de identidad en el estudio de las relaciones internacionales.

La primera es de carácter casi meramente académica y se refiere a la multiplicidad de planes de estudio. Lo cual no sería sorprendente entre instituciones como El Colegio de México y la UNAM. Siempre sus enfoques han sido diversos cuando no opuestos. Pero el colmo llega cuando constatamos que de las tres dependencias que imparten la especialidad de Relaciones Internacionales como carrera de licenciatura, FCPyS, ENEP Acatlán y ENEP Aragón, ninguna comparte planes de estudio. ¿Irrracionalidad, cotos académicos, diferentes enfoques?

La segunda se refiere al debate teórico. Quizá hemos pasado de un extremo a otro. De un marcado interés unilateral por lo teórico, hemos pasado a un acentuado desinterés. No existen en nuestro país contribuciones importantes al debate teórico que en estos momentos caracteriza a otros ámbitos académicos. Nos estamos rezagando respecto a las novedades que en la materia existen. Para que tal cosa suceda, ha contribuido, y aquí viene el eterno lamento, la crisis económica, que impide la adquisición rápida de lo que se está produciendo en otras partes del mundo.

Salvo rarísimas excepciones, no existe un libro sobre teoría de Relaciones Internacionales elaborado por académicos mexicanos. En este sentido es válida la afirmación de que estamos en crisis. Crisis cruzada a su vez por una crisis de más grandes proporciones, aquella que vive la humanidad entera.

En este sentido, la crisis de las relaciones internacionales en México se expresa en una posición marginal respecto al debate que sobre los paradigmas dominantes se da hoy en el mundo. Es necesario entonces volver los ojos de nueva cuenta hacia las concepciones teóricas y meternos de lleno a la discusión; de otra manera, la crisis en este campo sería permanente y dejaría un gran vacío que, con el paso del tiempo y si no se hace nada por resolverlo, dañaría la estructura de las Relaciones Internacionales en México.

Quizá por ello, lo adecuado es insistir en vincular el auge que tienen los estudios de caso con los estudios teóricos, aun con todas las limitaciones que padecemos.